

ANA MARÍA FAGUNDO

ANTONIA MARÍA COELLO MESA

Ana María Fagundo
 obra poética (1965-2000)
 vol. I

Edición de Myriam Álvarez



ESPIRAL
 HISPANO
 AMERICANA

“**H**e vuelto pero no me he ido./ Me fui y no he vuelto”. Son las palabras de una canaria que, desde joven, marchó mar afuera, pero que siempre quedó isla adentro, en la retama, la lava, el picón y la parra, en las pimenteras, los hibiscos, el volcán y los cardones, en los acantilados, el mar, la espuma y la jara, en el el brezo, el verode, el tajinaste y la tabaiba. La isla, como elemento real que, poco a poco, se convierte en metáfora y en mito, puebla los poemas de esta autora, repartidos en los diez libros que componen la presente edición. Aunque cada uno refleja una etapa en la vida de Ana María Fagundo, todos ellos brotan de un mismo aliento, desde que *destrenzó su raíz* de la tierra, hasta que viajó en busca de una “meta infinita”, acompañada únicamente por la poesía, que, unas veces, se antoja un estigma amargo y, otras, el más fiel de los enamorados: “¡y llevar este aleteo inmenso/ siempre conmigo!”

La poetisa reinventa el universo por medio de la palabra —siempre en ciernes— en un parto doloroso y, a la vez, reconfortante, como todos. Al nombrar, creamos, “si yo no te nombro tú no tienes un espacio, un tiempo”, y así la poesía establece un diálogo consigo misma, con el mundo, con el poeta, buscando en el silencio lo inefable, la palabra huidiza, que yace en el abismo o que “retoza libremente”, hasta que, por fin, aparece, inconfundible: “Me he reconocido al encontrarte”. Los poemas de Ana María Fagundo vuelven también la mirada hacia el pasado, para hablar con otros versos, otros poetas; los ecos de Bécquer, Miguel Hernández, Blas de Otero, Emily Dickinson, Machado, Rosalía de Castro o Quevedo, entre otros muchos, se oyen en las páginas de esta obra, hija del tiempo y madre, seguro, de otras voces que surgirán, que ya han surgido.

Ofrecer una visión global y coherente de toda una obra poética implica reducir a unas pocas palabras el esfuerzo de una vida; allí están los anhelos más íntimos de la autora, su angustia, sus recuerdos, su marzo y su diciembre, su grito —desgarrador, intenso— tras las sílabas acompasadas de sus versos: “Y vuelve mi grito a su grito,/ mi grito a su llanto de llantos eternos”. Allí están la esperanza, el lento palpitar del estertor, la lucha fiera, “mordiéndole a la muerte sus dominios”, el clamor a un dios que parece dormido o muerto, las heridas que no cicatrizan con el paso del tiempo, su orfandad de voz, orfandad de “padre, amigo, maestro”, orfandad de madre, “isla de una isla en primavera”. Allí está el sujeto femenino, el ser mujer, que cae, que sufre, que sangra, pero que se levanta, que no calla; la voz que gime, pero que se alza.

La existencia, en definitiva, es un ascenso, “morimos ascendiendo”; de ahí que Tenerife, la “isla en punta”, se convierta en símbolo de la vida, pues vivir no es más que un continuo alzarse, sobreponerse a un dolor que se sabe eterno, estar enhiesto, con la voz en alto, iluminada por la palabra, creada por ella, remontando las



aristas de un volcán que se encarama hasta el cielo. La isla, como la mujer que se yergue y se niega a doblegarse, es una tierra en rebeldía, sola en el mar inmenso, que “se levanta sobre sí misma” para reafirmar su yo.

Todos somos “islas erguidas pugnando por serse eternamente”. Sin embargo, el deseo de verticalidad, la escalada hacia la cima, la llegada a la cumbre no implican, como en otros poetas, la inmortalidad en sí, sino un vaivén de tierra, un *trasterrarse*. Y es que para Ana María Fagundo somos “tierra yéndose”, estamos hechos de la misma materia que nuestros antepasados, en un incesante morir y vivir, convertirse en polvo y renacer del polvo. Al final, siempre vence un tiempo fugaz que se apaga a cada paso, siempre se vive “a contramuerte”, pero no desaparecemos, somos los que fueron, los que serán, los que han vivido y han muerto. “Todo es ir, ir, sin haber llegado antes a ninguna parte”.

Por ello, estos poemas, como indica el título de uno de los libros, son *Retornos sobre la siempre ausencia*, aunque el regreso sea cada vez más sereno, sin perder un ápice de emotividad. Los recuerdos de la infancia fluyen por los versos, una infancia marcada por la guerra, pero también por los primeros escarceos con la poesía y por una naturaleza canaria plagada de luz y de color. Porque en esta obra —en este compendio de obras— bulle, asimismo, el entusiasmo, el amor, “la palabra recién nacida”, la sensualidad, las flores, la primavera, la exaltación de los sentidos, la importancia del aquí y el ahora, del instante, en donde se entremezclan sol y sombra, tristeza y dicha, dolor y pasión. “Después ya no, después no existe”.

A la luz de estos breves apuntes se comprueba que, como decíamos al comienzo, los libros que la Editorial Fundamentos recopila en esta *Obra poética* son muy distintos, pero en ellos late un mismo impulso creador; todos están forjados por una mano sin titubeos, que construye una expresión aparentemente sencilla y enormemente compleja. La palabra juega a ser diáfana en estrofas de distinta extensión, en donde se combina el metro clásico con otros más innovadores. La voz de Ana María Fagundo no puede encasillarse, porque no se atiene a modas ni a tendencias; la autora gesta, desde su yo más profundo, un lenguaje propio y singularísimo, que la ha convertido en una de las poetisas más relevantes de la lírica contemporánea.

El esmero y la pulcritud con que está elaborada esta edición de Myriam Álvarez, que, además, luce en su cubierta los sugerentes dibujos de Elizabeth Friend, reúne la labor de tres canarias que intentan —y consiguen— sorprender al lector.

Ésta es, en fin, la poesía de una mujer que *no ha pedido ser mujer*, pero que reivindica, desde su isla *en pie de pugna*, una identidad femenina firme y rebelde, capaz de llorar y de combatir, de ascender sin claudicar, capaz de vivir. “Estamos y eso es todo”, dice Fagundo. ¿Eso es todo? ¿Acaso basta? ¿El ascenso al no ser es suficiente? No. No puede serlo... Queda la palabra.